

*SAN ROMUALDO, ABAD, FUNDADOR
DEL ORDEN DE LOS CAMALDULENSES*

19 DE JUNIO

Por P. Juan Croisset, S.J.

Nació San Romualdo en Rávena, por los años de 916. Era su casa ducal, y aún en su tiempo se dejaba distinguir con mucho lustre entre la principal nobleza de Italia. Como criado nuestro Romualdo entre las delicias de una casa opulenta, fácilmente se estrelló contra los ordinarios escollos de la juventud; al regalo y á la ociosidad se siguió bien presto la disolución. Iba á precipitarse en la perdición, arrastrado del amor á los deleites, é impelido con la fuerza del mal ejemplo, cuando la Providencia le detuvo en medio del precipicio, y, queriendo formar de él un modelo de santidad, se sirvió de un caso bien funesto para el logro de sus altos designios.

Sergio, padre de Romualdo, hombre ambicioso y violento, tuvo cierta diferencia con un deudo suyo, que quiso terminar por las bárbaras leyes del duelo; desafió á su contrario, y llevó por segundo á su mismo hijo. Cayó muerto el pariente á manos de Sergio y á vista de Romualdo, quien quedó tan pesaroso del suceso, aunque no había tenido en él más parte que una asistencia involuntaria, que resolvió hacer fervorosa penitencia de él.

Retiróse al monasterio de San Apolinario de Clase, á una legua de Rávena, donde conversaba familiarmente Romualdo con un religioso lego, hombre devoto y sencillo, quien le representaba un día el peligro que corría su

salvación si volvía á engolfarse en el borrascoso mar del mundo; y como no ganase terreno hacia el fin que deseaba en aquel corazón ocupado todavía de vanidades y pensamientos mundanos, le dijo de repente con su simplicidad acostumbrada: *¿Qué me darías tú si te hiciese ver clara y distintamente con los ojos del cuerpo á nuestro buen patrono San Apolinario?* Sorprendido Romualdo al oír una proposición tan no esperada, *Yo te juro*, le respondió, *que, como lo hagas, al punto me meto fraile.*—*Pues has de velar toda esta noche en la iglesia*, le replicó el piadoso lego. Consintió Romualdo, y estando los dos en oración, hacia la medianoche vio de repente á San Apolinario vestido de pontifical, cercado de resplandores, que con un incensario en la mano iba incensando todos los altares de la iglesia; y, concluida esta religiosa función, desapareció. Quedó atónito Romualdo, y sintiendo en el mismo punto trocado su corazón, se postró delante del altar de la Santísima Virgen, y todo deshecho en lágrimas, prometió hacerse religioso. Así refiere esta historia el bienaventurado San Pedro Damiano.

Apenas amaneció, cuando Romualdo pidió con instancia el hábito monástico en pleno capítulo. Los monjes, que tenían bien conocido el genio de su padre, no se atrevieron á recibirle desde luego, temiendo alguna violencia; pero al cabo venció su perseverancia.

A los veinte años de su edad abrazó la regla de San Benito. Comenzó, no á correr, sino á volar, por el camino de la perfección. Los más ancianos se admiraban al ver su humildad, su obediencia, su mortificación, su devoción fervorosa. No contaba más que tres años de monje y ya parecía varón consumado en la vida, espiritual; pero el ardiente celo que mostró por la observancia de algunas reglas, que había como abrogado la relajación, le hizo odioso á los tibios y á los imperfectos. Mirábanle como á

reformador importuno; y pasó tan adelante la persecución, que se vio precisado á buscar en otra parte asilo más seguro á su fervor y á su celo.

Retiróse, con licencia de sus superiores, á una soledad de los estados de Venecia, donde vivía un ermitaño llamado Marino.

Rezaba todos los días el Salterio en compañía de su nuevo director: á los principios erraba casi todos los versos; y Marino, para corregirle, le daba un golpe con una vara en la oreja izquierda. Sufriólo Romualdo por mucho tiempo sin hablar palabra, hasta qué un día le dijo con mucha humildad: *Que si le parecía, podría en adelante castigarle en la otra oreja, porque iba perdiendo el oído de ésta.* Admiróse Marino viendo la paciencia de su discípulo, y en lo sucesivo le trató con menos severidad.

El cuidado que tenía de moderar en los otros las demasías en la penitencia, daba bien á entender que solamente era austero para consigo mismo. Era muy celoso de la disciplina regular; pero su celo iba siempre acompañado de prudencia y de discreción. Mientras él se aplicaba á imitar las mayores penitencias de los solitarios de Oriente, cuyas vidas leía continuamente, tenía gran cuidado de que su ejemplo no moviese á sus súbditos á imprudentes excesos ó demasías.

Ocupado Romualdo en estos ejercicios, supo que Sergio, su padre, á quien Dios había dispensado la singular gracia de sacarle del mundo y traerle á la religión, rendido á las sugerencias del enemigo, estaba resuelto á dejar la religión para volverse al mundo. Al punto dejó su soledad, voló á Italia, y de tal manera supo manejar aquel genio terco, duro é inconstante, que, habiéndole confirmado en la vocación, tuvo el consuelo

de verle morir penitente y muy arrepentido de sus culpas. Luego que se supo en Italia que Romualdo estaba en ella, acudieron á él de todas partes muchas personas para entregarse á su dirección y gobierno. Fueron tantas, que se vio precisado á fundar muchos monasterios, obligándole á encargarse del gobierno del de Bañi, no lejos de la ciudad de Sasina. Entabló una observancia tan exacta, que, haciéndose intolerable á muchos monjes imperfectos, y no pudiendo sufrir las mudas pero eficaces reprensiones que les daba el ejemplo de su abad, no pararon hasta arrojarle torpemente del monasterio. Sintió Romualdo tanto este indigno tratamiento, que resolvió no mezclarse más en el cuidado de la salvación de los otros y de atender únicamente en adelante al cuidado de la propia. Mas Dios le dio á entender que este disgusto era amor propio, y que era tentación lo que parecía virtud; pues éste era justamente el lazo que el diablo le había armado con aquellas iniquidades.

Fue menester toda la autoridad del emperador Otón II y un precepto formal y expreso del Arzobispo de Revena para que se rindiese á las eficaces súplicas de los religiosos del monasterio de Clase, que le habían nombrado por su Abad; pero, apenas pudo restituir á su debido lugar la disciplina monástica, cuando se arrepintieron los mismos que le habían elegido, y al cabo le obligaron á renunciar el empleo.

Al mismo tiempo que sus discípulos se resistían á sus saludables instrucciones, no queriendo aprovecharse de sus consejos, hacía en otros conversiones portentosas. El conde Olivan, movido de las palabras de Romualdo, dejó el mundo y tomó la cogulla de San Benito en el monasterio del monte Casino. Un señor alemán, llamado Tham, siguió el ejemplo del conde. Habiéndose desgraciado la ciudad de Tívoli con el Emperador, reconcilió á los vasallos con el Soberano; y, habiendo

éste quitado la vida al senador Crescencio, violando la fe de su palabra imperial, le obligó á ir á pie y descalzo desde Roma á la iglesia de San Miguel, en el monte Gárgano, haciendo pública penitencia y dando ejemplar satisfacción de su pecado.

Retiróse San Romualdo á Parenzo, en la provincia de Istria, donde fundó un monasterio, y nombró un abad de su satisfacción que le gobernase. Después se recluyó por espacio de tres años, y en esté largo encerramiento enriqueció el Señor aquel fervoroso espíritu con nuevas y abundantes gracias. Dióle una perfecta inteligencia de la Sagrada Escritura, comunicóle el don de profecía, y le añadió el de lágrimas tan copiosas, que se vio precisado á no decir Misa en público.

Todo abrasado en el purísimo fuego del amor divino, se le oía exclamar muchas veces cada día: ¡ Oh mi dulce Jesús! ¡ Oh Dios de mi corazón! ¡ Oh amable Salvador mío! ¡ Oh dulzura inefable de los santos! ¡ Oh delicia de las almas puras! ¡ Oh dulce Jesús, objeto infinito de todos mis deseos!

Mas al fin fue preciso dejar aquella dulce soledad por ir á fundar otro monasterio en Orvieto; pero, como no le dejasen respirar los muchos que cada día le buscaban, se retiró secretamente á otro colocado en la cima del monte Sitria. Aquí fue donde padeció la más horrible calumnia que podía atreverse á su venerable ancianidad, sufriéndola por espacio de seis meses sin despegar sus labios ni tomar otra satisfacción que de sí mismo en la más rigurosa penitencia; y, durante este penoso ejercicio de paciencia y de humildad, compuso una exposición de salmos, que se guarda hoy en la Camáldula, escrita de su mano.

Verdaderamente causa admiración que un solo

hombre pudiese hacer tantas fundaciones; pero la más célebre de todas fue la que hizo en Camalduli de Toscana, sitio famoso en los valles del Apenino. Aquella vehemente inclinación que tenía á la soledad le movió á poner los ojos en este desierto. Quedóse un día dormido cerca de una fuente, y vio en sueños una escala que, fijada en tierra, llegaba con la parte superior al Cielo, y reparó que sus religiosos, vestidos de blanco, iban subiendo por ella. Despertó el Santo, no creyendo que el sueño fuese sin misterio, escogió á algunos de los discípulos suyos más fervorosos, y les dio el hábito blanco con nuevas constituciones. Este fue el principio de la religión camaldulense, que más ha de seiscientos años florece en el campo del Señor, y conserva el día de hoy todo el fervor de aquel primitivo espíritu que recibió de su santo fundador, y ha dado tantos santos á la Iglesia.

Sintiendo Romualdo que se iba acercando ya el día de su dichoso tránsito, se retiró á su monasterio de Valde-Castro, donde veinte años antes había pronosticado que había de morir. Allí fabricó una celdilla con un oratorio para encerrarse en ella y guardar silencio hasta la muerte; y, aunque cada día iban creciendo sus achaques, no por eso se acostó en más cama que en el duro suelo, ni se dispensó en sus ayunos y demás penitencias ordinarias. En fin, sabiendo que era ya llegado el día en que el Señor le quería premiar tantos trabajos, mandó salir de la celda á los dos monjes que le asistían, con orden de que no volviesen á entrar hasta el día siguiente. Conociendo lo que podía ser, le obedecieron con violencia, pero se quedaron á la puerta de la misma celda para observar lo que pasaba. Pasó el Santo algún tiempo en oraciones vocales; pero como los monjes no le oyesen prorrumper en sus acostumbrados afectos de amor de Dios, ni en sus ordinarios suspiros, entraron en la celdilla y hallaron que acababa de expirar. Murió, como afirma San Pedro Damiano, que escribió su *Vida* quince

años después de su dichoso tránsito, á los ochenta de su edad. Fueron tantos los milagros que obró, así en vida como después de su muerte, que, creciendo en todas partes la opinión de su santidad, obtuvieron sus monjes licencia del Papa para erigir un altar sobre su sepultura, á los cinco años después que murió. Hallóse el santo cuerpo casi tan sano y tan entero como el mismo día que le habían enterrado. El año de 1032 se celebró solemnemente su fiesta, con autoridad de la Santa Sede, el día 19 de Junio, que era el de su dichoso tránsito. El de 1466, **cuatrocientos treinta y cuatro años después de la primera traslación, se volvió á hallar entero el santo cuerpo;** pero su fiesta concurría con la de los Santos Gervasio y Protasio, y el papa Clemente VIII la fijó al día 7 de Febrero, que fue el de la referida primera traslación.

La Misa es en honra de San Romualdo, y la oración es la que sigue :

Suplicámoste, Señor, que la intercesión de San Romualdo, abad, nos haga gratos á Vuestra Majestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 45 del libro de la Sabiduría.

Fue amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendición. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes, le dio sus órdenes delante de su pueblo, y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dio en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

REFLEXIONES

No se habla en el mundo comúnmente de otra cosa sino de todo lo que halaga, lo que brilla, lo que nutre el espíritu mundano, ó, por decirlo así, la misma mundanidad. Ser estimado de los grandes; tener amigos poderosos; ser bien recibido en las conversaciones, en las tertulias, en las diversiones del mundo, esto es lo que se estima, esto es lo que admira, esto lo que agrada. La virtud vive, como avergonzada, en un rincón oscuro; mete poco ruido, brilla poco, es poco conocida para que los hijos de este siglo la cortejen ni la alaben. Mientras tanto, llega, finalmente, aquel tiempo en que acaban sus días esos modelos de la mundana felicidad; viene la muerte como una pequeña piedra, y, á un leve toquecillo, da en tierra con esos colosos del orgullo; su soñada felicidad, hasta su misma memoria, todo se acabó con la vida. Respetos, honras, estimaciones, alabanzas, aplausos, todo se enterró con ellos. Por el contrario, aquellas almas puras, inocentes, tan queridas de Dios; aquellos amigos del Esposo Celestial; aquellas personas humildes y mortificadas; aquellos hombres justos, de quienes el mundo no era digno, que vivieron desconocidos, pobres, oprimidos, perseguidos, menospreciados, que fueron unas veces el asco y otras la compasión del mismo mundo; éstos acabaron sus trabajosos días para comenzar á vivir en la Gloria. Su memoria está en bendición y se veneran hasta sus mismas cenizas. Tanta verdad es que, tarde ó temprano, al cabo se paga el tributo que se debe á la virtud. Si en vida se le niega á las personas virtuosas, en la muerte se le restituye cien doblado y con usuras. Porque, al fin, ¿quiénes son los aplaudidos, los alabados, después de la muerte?

El Evangelio es del cap. 19 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesús: He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibiremos? Pero Jesús le respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare, ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre, ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi Nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACIÓN

De la pronta obediencia á la voz de Dios.

PUNTO PRIMERO.—Considera cuánto importa ser fiel á la gracia; porque la salvación pende de esta fidelidad. Hay días afortunados, hay momentos felices en que la gracia se hace sentir, y en que la voz de Dios se hace entender. ¡Qué desgracia hacerse sordo, no estar de humor, ser insensible! Veis aquí, Señor, que hemos dejado todas las cosas. A la primera palabra que os oímos, en el mismo momento de vuestra inspiración, al primer rayo de vuestra divina gracia, abandonamos cuanto teníamos. El que dice todo, nada exceptúa: barco, redes, parientes, amigos, todo cuanto mas amábamos en este mundo. Esta generosa fidelidad, esta prontitud es la que gana el corazón de Dios. En materia de fe, cuando se duda, nada se cree: en punto de conversión, el que delibera no se convierte. Lo que hace el holocausto es la universalidad, la totalidad de lo que se ofrece en el sacrificio, y esto es lo que verdaderamente agrada al Señor.

¡Desdichado de aquel que no obedece prontamente á la voz del Señor! ¡Desdichado de aquel que reparte su corazón entre Dios y las criaturas! Llámanos Dios, y

todavía se delibera, se consulta, se pide parecer á la inclinación, á las pasiones, á la carne y sangre, al amor propio, para saber de ellos si se ha de aceptar ó no el partido que Dios nos hace, si se ha de entrar en su servició. ¿Significan por ventura otra cosa esas irresoluciones, esos deseos ineficaces, ese querer y no querer, esas odiosas indeterminaciones? Háblame Dios en lo interior de mi alma: llámame Dios con voz distinta y perceptible; ¿y todavía dudo si le obedeceré, si daré oídos á su voz? Ha un mes, ha seis meses, y puede ser haya muchos años, que Dios te está pidiendo el sacrificio, no de tus bienes ó de tu propia vida (y cuando te lo pidiera ¿se lo debieras negar?), sino el sacrificio de un gusto, de un deleite, de una amistad pernicioso, de esa inclinacioncilla á una fruslería, á una bagatela, á una nada: ¡y con todo eso se le niegas! No te da gana de tener esa condescendencia con tu Dios; no estás de humor de darle ese gusto. Comprende bien la malicia, la ruindad de esta repulsa, la gravedad de esta injuria, la grosería de este agravio. Y, con todo esto, ese Dios á quien niegas esa reforma, ese corto sacrificio, esa bagatela, es el mismo de quien esperas cada día nuevas y continuas gracias; es el mismo de quien esperas el perdón de grandes culpas, y aun el perdón de esta misma resistencia que estás haciendo á sus gracias, y de la grosera desatención con que cada día le niegas lo que te pide de sus propios bienes. Confesemos que nuestra conducta está llena de contradicciones, de impiedad y de injusticia.

¿Cuándo ha de llegar el tiempo, Señor, de que yo abra los ojos para ver mis descaminos, y para espantarme, como debo, de un proceder tan lastimoso y tan impío, si ahora, si desde este instante no los abro?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no basta romperlos lazos, desprender el corazón, dejarlo todo, vencerse en

todo. Inútilmente se pondría uno en estado de caminar, si no tiene una buena guía á quien seguir. *Veis aquí, Señor, dicen los Apóstoles al Salvador, que hemos dejado todas las cosas, y te seguimos.* Esto es propiamente en lo que consistió su mérito, y parece que en sola esta imitación fundó Cristo su recompensa. *Vosotros que me seguisteis,* les respondió el divino Maestro, *juzgaréis á todas las doce tribus de Israel.* Con efecto, ¿de qué servirá dejar todas las cosas sin seguirle? El desprenderse de todo quita, á la verdad, los estorbos; pero sin seguir, sin imitar este divino modelo, no se adquiere la virtud.

¡Qué lección más importante para las personas religiosas! Pero ¡qué desgraciadas serán si, después de haber hecho pedazos tantas cadenas, después de tantos y tan costosos sacrificios, se hallasen al fin sin haber seguido á Jesucristo! ¿Podrán todas decir con confianza á este divino Salvador, á éste soberano Juez: Señor, todo lo dejamos por vuestro amor, y os hemos seguido? Mas ¡qué será de los que no pudieren decirlo con verdad!

Hay pocos, aun dentro del mismo mundo, que no estén obligados á dejar muchas cosas por Jesucristo. Ninguno hay que no deba desprender su corazón, á lo menos con el afecto, de todo lo que posee, si quiere ser discípulo de Cristo; ninguno hay que no deba renunciarse á sí mismo. ¿Y podrán todos los del mundo decir que siguieron á Cristo?

Seguir á Cristo es ser humilde de corazón, inocente, manso, mortificado, caritativo; es llevar su cruz todos los días, es hacerse continua violencia, es domar el amor propio, es sujetar las pasiones, es seguir las máximas y los consejos de Cristo, y es mirar con horror las máximas del mundo. Aquella persona religiosa tan poco mortificada, tan poco observante, tan poco regular, ¿habrá seguido á Cristo? Aquel hombre del mundo, tan

vano, tan ambicioso, tan carnal, tan delicado, tan colérico, ¿habrá seguido á Cristo? Aquella mujer mundana, ocupada todo el día en el tocador y en la vanidad, dedicada á la ociosidad, á las diversiones, al regalo y al melindre, ¿habrá seguido á Cristo? Aquella otra tan indevota y tan poco cristiana, ¿sigue á Jesucristo? ¿Y sígole yo mismo?

¡Cosa verdaderamente asombrosa! Todos esperan el premio, siendo así que son poquísimos los que cumplen con las condiciones indispensables para merecerle. Cada uno juzga que tiene derecho para poder decir con los Apóstoles: ¿Qué premio nos darás? Y son muy pocos los que pueden decir con ellos: Señor, te hemos seguido, y todo lo hemos dejado por tu amor. ¿Quién hay que no pretenda salvarse? ¿Quién que no pretenda estar algún día en la Gloria, en compañía de los bienaventurados, y tener parte en la misma recompensa? Pero ¿en qué fundamos esta pretensión? ¿En qué esta confianza?

Fúndase, Señor, en vuestros infinitos merecimientos, en vuestra misericordia infinita, en vuestra infinita bondad; pero también sé que debe fundarse en vuestras palabras y en vuestros ejemplos. Falsa ha sido hasta aquí esta confianza presuntuosa: pero, dulce Jesús mío, desde este mismo día comenzará á ser verdadera y perfecta, haciéndose racional y cristiana. Es necesario indispensablemente imitaros y seguiros para tener parte en vuestra recompensa: resuelto estoy á hacerlo desde este mismo punto, mediante vuestra divina gracia, á la cual no quiero ya resistir.

JACULATORIAS

Llebadme, Señor, hacia Vos, para que os siga apresuradamente, corriendo tras el olor de vuestros ejemplos.—*Cant.* 1.

Si oyéramos en este mismo día la voz del Señor, obedezcámosle sin dar la menor dilación.—Ps. 94.

PROPÓSITOS

1. *Los deseos matan á los perezosos, dice el Sabio; porque no son deseos verdaderos, sino imaginarios. Figúrasele á uno que quiere lo que conoce ser bueno y necesario; pero realmente no lo quiere, puesto que no hace la menor diligencia para conseguirlo. Mira bien no te suceda lo mismo en esos deseos infructuosos y estériles, que sueles sentir cuando lees ó cuando meditas. Los deseos reales y eficaces nutren el alma, porque son el manantial y la fuente de las buenas obras; pero esos otros deseos imaginarios y pasajeros la matan, porque, entreteniéndola con mil proyectos aéreos de conversión á cual más inútiles, son causa, por decirlo así, de que la pobre se muera de hambre. En este sentido se dice comúnmente que el Infierno está poblado de buenos deseos. No te contentes con decir: esto es verdad; esto convence; no hay cosa más común. Examina seriamente á qué cosa está pegado tu corazón; y si verdaderamente has renunciado todo lo que posees, en el sentido en que lo entiende Jesucristo, y en que indispensablemente pide lo practiquen todos los que quieren ser discípulos suyos; esto es, si te sientes con disposición de sacrificar lo más precioso, lo más estimado que tienes en el mundo, antes de ofender á tu Dios.*

2. Los propósitos han de descender siempre á cosas particulares. No es posible que no haya mil cosillas superfluas en todo ese tren de casa y de atavíos. Cercena desde hoy mismo algunas alhajas inútiles, ó á lo menos poco necesarias, pues la modestia cristiana te hará conocer que hay entre ellas no pocas bien superfluas. No esperes á que un revés de fortuna, á que la edad ó la muerte te despojen de ellas; haz voluntariamente el sacrificio que algún día has de hacer de necesidad.